

todas las mañanas, nos volvimos adictos a la velocidad y comodidad de las Harley Davidson, porque si vamos a manejar una motocicleta, tiene que ser la misma que evoque el sentimiento de la libertad y la hermandad, y por eso sólo esa motocicleta nos identifica, no ninguna otra marca. Porque es la misma motocicleta que le regalaban a Lemmy todos los años y en la que fácilmente se puede dibujar al Snaggletooth, mascota de Motörhead; porque es la motocicleta en la que sale Rob Halford en los conciertos de Judas Priest, porque es la misma motocicleta que conduce Glen Benton, el frontman de Deicide, porque es la misma motocicleta que aparece en las carátulas de los discos de Mötley Crüe, o los videos de Iron Maiden, o las mismas motocicletas que colecciona Nicko McBrain, baterista de la Doncella de Hierro, es la misma motocicleta que aparecía en el videojuego *Grand Theft Auto IV: Lost and Damned*, cuyos integrantes oían bandas de metal extremo. Porque el harleysta se viste idéntico a un metalero, y tiene su misma personalidad irreverente, osada, cínica y retadora. Porque el metal es un estilo de vida que empieza en la juventud o la adolescencia, y si te dejas poseer de él, probablemente no te abandonará hasta tu último suspiro de vida. Porque al metalero el metal le enseña a hacerse a la idea de la muerte por dolorosa que sea. ¿Será por eso que en nombre de la vida eterna cristiana a los metaleros nos rechazan, por nuestra convivencia y conciencia de la muerte, aún cuando nos dolerá igual que al resto de mortales?

Porque el metal es la catarsis y canalización de nuestras frustraciones y deseos más profundos.

Prefacio

Porque el metal, a pesar de que nos ha relegado a la condición de bichos raros y odiados, excluidos por la sociedad, quizá a nosotros nos gusta sentirnos odiados y despreciados, nos gusta llamar la atención por eso, y nos jactamos y ufanamos de esa condición miserable, y no nos interesa lo que diga la sociedad puritana. Quizá el metal es odiado por reflejar lo más bajo del ser humano. Porque el metalero es un ser tan normal como cualquier pandillero que le gusta escuchar reggaetón para ir a copular con la mujer que se le antoja. ¿O qué cree la gente de qué hablan las canciones de Def Leppard, AC/DC, Van Halen, Guns N' Roses, Mötley Crüe, W.A.S.P, Scorpions o Twisted Sister? Sexo lujurioso y desenfrenado, aparearse y fornicar como un animal dominante de una manada. El metal habla de las cosas más cotidianas que a la gente le gusta obviar por hipocresía, pero que practica por el placer de la perversión. ¿Tanto miedo da mirarse en un espejo? ¿Acaso nos da miedo admitir ese humano demasiado humano del que habla Nietzsche? ¿Acaso nos resistimos a creer que somos unos narcisistas manipuladores, ególatras, solapados, oportunistas, que daríamos lo que fuera por sacarle los ojos a nuestro prójimo y consumirlo vivo? Porque no hay tierra prometida que mana leche y miel, como le prometiera dios mediante Moisés a los judíos; lo que hay son solo realidades absurdas de ríos de sangre que se han alimentado de nuestra miseria y nuestra codicia, pero que queremos hacer correr y fluir falsamente en un jardín de rosas aparente, mentiroso e inexistente. Porque los metaleros queremos creernos seres excepcionales cuando somos iguales al resto; cuando la verdad es una sola: nada

nos diferencia del resto de mortales. Tenemos las mismas inquietudes por la vida y la muerte; la misma inquietud por ganarnos la vida en un mundo de consumismo obligado por el capitalismo tirano; porque tenemos la misma necesidad de afecto y adrenalina sexual que el resto; por eso abusamos del ritual de la comida y la bebida sin temor al futuro. Quizá nos critican por no oponernos a nuestros instintos más dionisiacos, toda vez que renunciamos a la rectitud apolínea hipócrita, idealista y farisea. Porque Nietzsche nos enseñó que el verdadero espíritu griego no es la sabiduría de Sócrates guiada por el dios Apolo en el oráculo de Delfos con esa grandilocuente y famosísima consigna del “conócete a ti mismo”, sino más que nada el libertinaje pagano del dios Dionisio que se emborrachaba con vino, siendo la más carnal de las deidades. El problema del cristiano puritano que le cree al tirano dios Apolo y al celoso dios judeocristiano, es querer que la luz aniquile la oscuridad; pero quizá ellos nunca se dieron cuenta que la oscuridad nos consterna ante la ausencia de luz, nos golpea porque no nos vemos. Quizá porque en nombre del cielo cristiano, el ser que predica la moral, jamás se dio cuenta que lo que nos queda tras morir, es volver de donde siempre vinimos: la fría y solitaria oscuridad a la que todos volveremos una vez la muerte haya triunfado sobre nosotros. Porque la muerte es oscura por la morada final que habitaremos, al igual que el oscuro vientre materno de donde provenimos, por venir y terminar de y en la oscuridad, ¿por qué nos negamos forzosamente a ella en nombre de la luz? Lo dice Hellhammer con su canción *Triumph of Death*: una

Prefacio

vez nos coman los gusanos en la tumba, sólo la muerte, la oscuridad, la finitud, es real. ¿Le tememos a la oscuridad siendo que todos lo somos? ¿Acaso le tememos a lo que somos en realidad, y por eso lo negamos falsamente con la luz? ¿Acaso con la luz forzamos a ser lo que no seremos nunca, a saber, un dechado de virtudes? ¿Por qué nos da temor admitir nuestra condición limitada de mortales miserables y oscuros? No se preocupe, amigo lector, que si lo que viene es a buscar luz con lecciones de vida y moral, acá no las hay. Que este sea su espejo mayor, aun en la oscuridad, si lo que quiere es que lo lúgubre lo golpee al andar. Porque acá no se predica luz sino oscuridad; se exalta más la muerte que la vida, porque la realidad supera al ideal. Por ello, la consigna acá es: solo la muerte es real, como reza el slogan de Celtic Frost -antes Hellhammer- (*Only Death Is Real*), por eso, como la muerte le gana a la vida, la realidad le gana al ideal. Por lo cual, la oscuridad de la muerte le gana a la luz de la vida, para decirnos que no podemos gastarnos la vida en ideales inaccesibles, sino solo en vivir lo que se pueda antes del golpe final del dios Tánatos sobre nosotros miserables mortales dionisiacos pretendiendo emular vana e inútilmente a un ingenuo e inocente Apolo.

CAPITULO I.

CUESTIÓN DE TRAGOS.

Hacía frío, la calle desierta y empapada, como labios abandonados que imploran el calor de un beso. Todo daba vueltas alrededor de Alex, todo giraba cual infinita elipse que jamás cesará, y la redondez de la luna era un foco oblicuo que danzaba suprema en la noche silente; a su lado, cabizbajo y ensimismado, su mejor amigo lo acompañaba mientras en su mente recordaba tristes escenas del pasado. Su tristeza no era recordarlas, era sentir que aquellas cosas que una vez lo llenaron de alegría jamás volverían a ocurrir, que quedarían sepultadas en el pasado, sepulcro inasible que borra la huella de toda memoria.

Caminaban hacia el sur, el viento enrojecía la piel, la quebraba; el paso era lento, tambaleante, el camino conocido.

—Roberto, pásese un cigarrillo para el frío— decía Alex, con la intención de llamar la atención de su amigo y saber cómo se encontraba, más que por un verdadero deseo de fumar. Él estaba preocupado, sentía que algo le pasaba a Roberto, algo diferente, algo verdaderamente relevante; totalmente diferente a aquellas juveniles épocas en que correr era suficiente para apartarse del peligro, o como cuando sucedía algún exabrupto, al dejar que el tiempo pasara éste mismo terminaba solucionándolo todo, sin ningún esfuerzo, para luego quedar relegado al olvido, como casi todo en la vida. Pero esta vez sí parecía algo importante, lo podía adivinar en su mirada perdida en la nada que decía que era este un asunto al cual no encontraría una pronta solución con solo ir a dar una vuelta y tomar algo de aire.

—Yo no los tengo, revise su bolsillo— respondió Roberto, seco, escueto, como sin ganas de nada.

—Ah, sí, quedan tres—. Alex enciende un fósforo con dificultad por el incesante viento y lo aproxima al cigarrillo que le había ofrecido a su amigo, el humo calienta un poco la piel de la cara, el olor de la cerrilla en llamas se cola por la nariz.

Las pobremente iluminadas calles se esparcen entre las planicies de la ciudad, develando la podredumbre de una sociedad decadente y siniestra, cuadra tras cuadra, calle tras calle, imágenes estériles de hombres intentando asesinar al otro para

robarlo, mujeres que se entregaban al dolor y la desesperanza para causar en los feroces hombres placer sin restricciones, por algo de dinero para llevar a casa. Hombres que, como melancólicas sombras, se perdían en la nada bajo el humo de un poco de marihuana, de algunas drogas letales, buscando en los laberintos de sus perturbadas mentes encontrar un grato recuerdo. Perros que le ladran tristemente a la luna, la cual afligida, solitaria, los miraba de lejos, sin entender su lenguaje, pues la luna solo entiende los aullidos del solitario lobo, y los lamentos de los hombres desconsolados que claman incesantemente ser iluminados por sus rayos plata.

Como en una dimensión paralela, en un mundo desconocido, pareciera que la casa se aproximara a ellos, porque en sus mentes se han detenido ya, no avanzan más, se quedaron inmóviles. Sus cansados pasos de sonámbulo los llevan a su destino por inercia, el mareo producido por una noche de alcohol adormece sus sentidos y los deja débiles y expuestos a las vicisitudes del destino, de los filos de las navajas, de las palabras pendencieras, de los macabros temores que se encubren con la espesura del vacío. Lo único que causa prisa en sus pasos, es el hambre que desesperada invade los vacíos de sus estómagos. Se despiden casi sin intención de hacerlo, casi sin darse cuenta y con la conciencia proyectada a colmar su necesidad de saciarse: de sueño, de comida, de olvido.

Cada cual sigue su camino, Alex llega a casa, saca de sus bolsillo las llaves e intenta adivinar cuál de ellas abre la puerta de la entrada; el pestillo se activa, el impulso a entrar es frenado repentinamente por un pasador atravesado; cerca vienen dos hombres a los cuales Alex ve, y adivina sus intenciones por la manera como caminan, por la forma de mirar, por cómo están vestidos, pero sobre todo por cómo se aproximan mirando que no haya testigos; rateros que en su afán de poseer los bienes del otro no dudarán en atravesar incesantemente el filo de sus cuchillos. Alex lo comprende fácil, la adrenalina opaca un poco los efectos del alcohol; el timbre resuena sin cesar, la puerta es abierta frente a sí. La cara cansada de su padre lo recibe con reproches, la puerta se cierra con afán, los vidrios tiemblan haciendo un eco cristalizado que se expande por el pasillo y por los recovecos de las calles, el pasador es puesto en su sitio, los dos hombres continúan su camino no sin antes mirar de reojo la puerta que los alejara de su objetivo. Tras las funestas palabras de su padre, y un “mañana arreglamos” Alex entra en su habitación, prende el televisor y lo sintoniza en cualquier canal, la ropa sucia y mal oliente cae al piso casi al tiempo que su cuerpo cae en la cama. Al fin un lugar cómodo en el que restituya el alma hecha pedazos, oscuridad sublime la de aquella noche, tan pronto su cabeza toca la almohada, el sueño inicia y la conciencia se evapora. Duerme ya, solo duerme.

Bajo Una Sombra Oscura

Ha pasado un tiempo desde aquella noche. Alex se encontraba sólo en su habitación, la música explotaba en todas direcciones; era una danza macabra y abrumadora entre guitarras feroces y voces que intentaban descifrar los enigmas de la muerte. “eso si es música, no como lo que escucha la gente hoy en día” pensaba Alex mientras movía su cabeza rítmicamente, de arriba hacia abajo, de un lado hacia otro, hasta torturar su cuello. Su cuerpo en éxtasis absorbía los acordes de la música, los sonidos emitidos por su voz fluían en concordancia con las letras de las canciones, euforia y alegría eran lo que en él suscitaba el metal, nada más certero y cortante que un gutural maldito en medio de su cuarto, cosa que ya no sorprendía a su familia, por la fuerza de la costumbre. Alex proseguía con la rutina de su vida, repetía día a día sin cesar las mismas cosas, existía un inmutable orden del todo que superaba su propio desorden, no le hacía falta nada, y a la vez, no tenía nada más que una vieja grabadora y una cama que le habían regalado. Como casi cualquier hombre joven, no sabía qué hacer con su vida, el camino parecía demasiado largo y nada le impedía seguir recorriéndolo, se preocupada en seguir existiendo y en tener algo que decir y algo que escuchar. no vio el vacío que se agolpaba en su pecho, no vio en ese entonces la soledad que lo carcomía y el anhelo que su alma poseía de ser alguien diferente. La vida pasaba ante sus ojos como un veloz recuento de

sucesos que no le correspondía vivir, pero que sufría con pena indecible, a veces con desprecio, en el mejor de los casos, con una malsana indiferencia hacia el resto del mundo.

Esa tarde estaba desocupado y quería hacer algo, él era de esas personas que siempre quieren estar haciendo diferentes cosas, no podía andar por la vida totalmente desocupado, era joven aún, lleno de energías, lleno de ganas, de una extraña e infinita curiosidad por comprenderlo todo, por conocer todo, por no quedarse quieto mientras la vida lo consumía. Pero a pesar de su deseo de vivir con intensidad, su mente estaba presionada por el peso de sus pensamientos, por sus experiencias agobiantes, porque para él, vivir era solo una consecuencia de existir. En un arrebato del más insostenible desespero, decidió salir de su casa. “mejor me voy donde Raúl a escuchar “Thrash” porque no hay nada más que hacer”. Apagó todo y dejó su cuarto oscuro atrás; pero al salir de su casa se encontró con su madre, Lucila, una buena mujer, pero que en ocasiones podía llegar a molestar y agobiar a Alex hasta el punto de sacarlo de quicio con sus palabras, con sus reprimendas. Cada mañana que le decía que no blasfemara, que dios era real, que no quería que su hijo fuera castigado eternamente por su creador amoroso; era algo así como tener una espía de las nuevas organizaciones sectarias, o iglesias cristianas